

POLITICA Y CULTURA

Por GASPAR GÓMEZ DE LA SERNA

HACE un par de años consumí la atención de un amable grupo de oyentes procurando trazar el esquema que, a mi entender, constituye la trayectoria política y sociológica del intelectual, concretamente del escritor literario, a través de los tiempos, según se fué viendo solicitado consecutivamente por la ciencia pura, por la política y por la neutralidad asexuada del *arte por el arte*. Llegué entonces a concluir que la función del intelectual es independiente y al mismo tiempo está enclavada en la propia raíz de la vida pública; que no debe ni puede vivir aislada en su torre de marfil, pero tampoco, en tanto que escritor, ponerse al servicio de una ideología banderizante cualificada por la política. Porque su función, decía, no es *mandar* la sociedad—que es la función del político—sino revelarla, hacerla patente con el toque de la gracia desde el mismo venero originario de la existencia. La faena del intelectual es, digámoslo para entendernos, hacer inteligencia obra de arte o pensamiento, cultivarla directamente sin intermediaciones ni meditaciones de ninguna especie, ni siquiera políticas, para no desvirtuar su oficio ni quitar a su obra la autenticidad que debe tener y en la que, en definitiva, reside su verdadero servicio al bien común. Porque servir, el intelectual qué duda cabe que tiene que servir al bien común. Pero servir según las propias determinaciones de su oficio; no bastardearlo ni sofisticarlo según ajenas determinaciones.

Pero si esa debe ser la actitud del escritor ante la política, ¿cuál puede ser la función del político con respecto a la cultura? Resueltamente, ¿cuál ha de ser para nosotros el plan, el proyecto comunal sobre cuya falsilla debe levantarse la misión cultural de la política?

Porque si, como decía José Antonio, la política no es específicamente función de intelectuales, hay en cambio un entero campo de las faenas de la inteligencia cuyo tratamiento sí que es específicamente político. Un tratamiento, entiéndase, a la vez subordinado y director; lleno a la par del respeto que el artesano debe al artista y del impulso y autoridad que el que manda el servicio del bien común debe tener para que el que, respecto de éste, es sólo un servidor.

Y es que los bienes de la cultura han dejado de ser, en la enorme medida en que no son pura especialización, patrimonio de una exigua minoría; que se han generalizado para pasar a ser riqueza comunal del pueblo. Desde el momento en que la cultura se ha hecho *cultura general* —y esta ha sido la gran obra del liberalismo burgués y no se puede desconocer— está llamando a todos los miembros del pueblo a que tomen de ella la porción que les corresponde, y su distribución es, como la de los bienes de consumo, como la de los derechos civiles y políticos, estricta faena de justicia, tarea política que, como el equitativo reparto de aquéllos, sólo el Estado puede realizar con generosidad y empuje.

No sólo de pan vive el hombre. O, si queréis, también del pan del espíritu que se cuece en los hornos de las letras, de las artes, de las ciencias... No basta con procurar la subsistencia si no se estimula la existencia; no basta con subir los salarios o multiplicar los resortes de la técnica que ahora mueven el vivir; es preciso que ese vivir que se promueve se llene también de contenido espiritual, cuyo contenido no es solamente el del divino fermento de la fe, medido con transcendental medida, sino además aquel cuya dimensión es humana y se ciñe, para dentro de la existencia misma, al cultivo del espíritu y al regusto por las cosas que pueblan el mundo. No basta tampoco con enseñar a leer al ciudadano para que aprenda la cartilla de unas obligaciones que tiene que cumplir aunque no las lea, ni basta enseñarle a escribir para que pueda estampar su firma en la hoja del servicio militar o en los documentos de las contribuciones; hay que ponerle en disposición de alcanzar, en la medida que lo consientan sus propias dotes naturales, los bienes de ese patrimonio general de la cultura.

Generalizar la cultura general: He ahí la función del Estado. Pero esa función, decía antes, como toda función política debe obedecer a un plan, agrupando a los hombres que la servimos ante un sugestivo proyecto común directamente encaminado al servicio del superior destino de España. Es esta una empresa «de dolores a esperanzas», como decía no ha mucho nuestro Delegado nacional de Educación; una

empresa que puede traer sobre cada uno de nuestros días la alegría de un fruto nuevo con el aguijón de una inquietud impaciente en el servicio de España.

Yo quisiera hoy esbozar aquí el esquema general de esa política de la cultura partiendo de las ideas básicas de la Falange; concretamente mostrar el contenido específico que, para este campo de la política cultural, trae consigo la más importante de todas las consignas que recibimos de nuestro fundador: la de la unidad entre las clases, entre las tierras y entre los hombres de España. Si no para otra cosa, el intento nos servirá, al menos, para que se vea en qué medida son o pueden ser fecundas las consignas cuando, desencasquillándolas del inmediato pasado, se las arroja como semilla sobre el porvenir.

1.º—*La unidad de cultura entre las clases de España.*

Yo no sé qué especie de demagogia de corto vuelo llegó a traducir por ahí, sin duda en cabezas de oído duro, la gran idea de la unidad entre las clases como propósito de eliminación de las clases mismas. que es como si se quisiera, para lograr unidad entre el llano y el monte, rebajar a éste o elevar aquél; tan imposible faena lograría en todo caso unión o, mejor dicho, *reunión* de dos cosas en una; pero no *unidad*. La unidad entre el llano y el monte es el camino que hace a éste accesible; la vía que permite a los que viven en la tierra baja subir, si tienen ánimo, a la altura señera y difícil de la cumbre. Lo cristianamente justo, no es que no haya monte o que desaparezca el llano, lo justo es que haya vía libre de uno a otro.

Pues en el campo de la cultura, donde clase debe ser igual a categoría intelectual, a altura de nivel, a jerarquía de la inteligencia, la unidad entre las clases sólo la conseguirá aquella política que de verdad abra esa vía de paso. No ninguna clase de igualitarismo demagógicamente gritado, cuya meta irremediable sería la de un brusco descenso de nivel; sino, precisamente, la justa administración de los vehículos de formación profesional e intelectual. La política que, partiendo de un único igualitarismo fundamental, el de eso que nuestro Ministro de Educación llamaba «la enseñanza vital» para todos los españoles, les permita *a todos ser desiguales en la medida que su propia capacidad, y nada más que su capacidad, determine*. De lo que se trata es de que las barreras económicas no taponen los caminos de la inteligencia; de que todo español

dotado halle vía al desenvolvimiento de sus propias posibilidades y de que el goce de los bienes de cultura no se convierta en privilegio económicamente cerrado para la gran masa de los hombres que componen el pueblo. Se trata sencillamente de motorizar en la vida nacional el punto 24 de la norma programática de la Falange: «La cultura se organizará en forma de que no se malogre ningún talento por falta de medios económicos. Todos los que lo merezcan tendrán fácil acceso incluso a los estudios superiores». Y ello, si no fuera por una razón de amor, de caridad y de justicia hacia el español que es nuestro *prójimo* más entrañablemente próximo, habría de ser cuando menos por una razón egoísta de seguridad social, porque justamente uno de los factores más operativamente disgregantes de la unidad entre las clases sociales es el que se enciende en la injusta distribución de los bienes de cultura; nadie más subversivo que el inteligente resentido contra la sociedad que le regateó o negó los medios para que su inteligencia medrase; nadie tampoco, digámoslo con verdad, más justamente alzado contra esa sociedad que agosta sobre el fracaso del vivir la más divina de las potencias del alma: el entendimiento.

Pero es que para nosotros, combatientes del 18 de julio cuyo sentido unitario hemos subrayado antes, hay, además, una razón más entrañable que nos impulsa con pasión en el empeño de lograr ese mínimo de enseñanza vital para todos los españoles. Nos lo recordaba el Delegado nacional en ese discurso ante las Cortes a que antes hice referencia y al que tendré que volver alguna vez más porque es, en verdad, el discurso más revolucionario, más falangista y más realmente importante que haya pronunciado un ministro español de Educación en qué sé yo cuánto tiempo. La razón que se nutre de la sangre misma de los humildes camaradas que cayeron junto a nosotros desprovistos del más elemental bagaje cultural y que constituye, como decía el ministro, un concreto e indclinable «mandato, el de que los hijos de esos hombres que cayeron sin saber leer ni escribir, pero amando a España, puedan saber las cosas que sus padres no supieron y firmar con su nombre cristiano y español, como Dios manda».

Conseguido este mínimo de enseñanza vital, hay que prolongar la vía unitaria hasta arriba del monte. Y esta tarea es la más revolucionaria de todas, porque ella será la que de veras desmonte el viejísimo sistema de privilegio clasista en que consiste en nuestro país la selección de las inteligencias, limitadas hasta ahora, con contadas excepciones, a la burguesía media y alta.

Porque la verdad es que, por la estructura misma de la sociedad, ocurre fatalmente que los procedimientos de selección de las inteligencias españolas, para las profesiones liberales, para los escalafones burocráticos o para las altas tareas del arte de las ciencias o las letras, resultan aún predominantemente económicos. El acceso a las primeras letras está más abierto a todos, en la medida en que su coste es módico, cuando no nulo por completo; en cambio, por una serie de factores que a todos se os alcanzan y el menor de los cuales es, no hace falta tampoco decirlo, el del precio de la enseñanza misma, el paso del primer estudio al grado medio de la enseñanza, y no digamos ya al de la enseñanza superior, está con toda claridad económicamente condicionado. La necesidad de incrementar con el jornal del hijo el salario familiar desvía anualmente de la enseñanza media a miles y miles de muchachos capaces, dedicándolos inmediatamente de salidos de la escuela primaria a pequeños oficios o menesteres donde sus posibilidades intelectuales se limitan para siempre. Y lo mismo ocurre, en la Enseñanza Media, castrada en tantos como se estancan en las oficinas modestas, en los empleos humildes, para ayudar a los suyos. Y exactamente igual con los que, acabadas las carreras universitarias, por una desgracia familiar o simplemente por agotamiento del esfuerzo económico de los suyos, tienen que emplearse de manera inmediata, como sea, para seguir adelante. ¿Habéis pensado alguna vez en cuántos jóvenes españoles magníficamente dotados, en cuántos superdotados incluso, se pierden en esa sangría continua e implacable? No se van eliminando en las respectivas enseñanzas como sería lógico y justo, los que no sirven, sino los que no pueden económicamente seguir. Si repasáis vuestra experiencia escolar y universitaria, ¡cuántos nombres no acudirán a vuestra memoria de aquellos modestos muchachos inteligentes y dignos que *prometían* y que, sin embargo, han quedado encerrados, castrados intelectualmente en una burocracia sin horizontes; y cuántos también que con el solo valimiento de su dinero han sorteado toda dificultad y han remontado puestos incluso de rectoría intelectual que por su propia capacidad les estaban lógicamente negados! No se trata, naturalmente, de que todos los españoles vayan cursando todos los grados de la enseñanza y despoblando con ellos otros menesteres no por más modestos menos dignos e importantes; se trata exclusivamente de que los que los remonten sean precisamente aquellos que tienen verdadera capacidad para ello y que, por lo mismo, el sistema de selección deje de ser económico para pasar a ser, como debe ser, *estrictamente intelectual*.

Nosotros tenemos que luchar para implantar ese sistema. Habrá que montar un aparato de protección escolar radicalmente revolucionario, que debe comenzar por escoger a los niños capaces desde sus mismos comienzos escolares, seleccionarlos entonces y tutelarlos luego a través de toda esa accidentada carrera de obstáculos económicos hasta el puesto que, según su exclusivo valor, les corresponda. En ese camino están los Hogares de enseñanza primaria y los Colegios menores que bosquejaba nuestro Secretario nacional de Educación en el plan nacional de cultura que circuló hace poco más de un año a todas las delegaciones provinciales. En ese camino está también el proyecto de ley de seguro escolar que acaban de aprobar las Cortes.

Por ahí comienza nuestra política de unidad; pero no para ahí. Porque una política cultural no cumple con arbitrar, con decoro y justicia, las vías de la decencia para todas las clases españolas; una política cultural como la que nosotros queremos, tiene que ser en este orden mucho más ambiciosa. Tiene que cumplir todavía, por lo menos, dos grandes objetivos: uno, generalizar de veras la cultura general; otro, servir esa consigna de José Antonio que recordaba ante las Cortes nuestro Delegado nacional, que la educación sirva para «conseguir un espíritu nacional fuerte y unido e instalar en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la Patria».

Porque hay no pocos de la especie de los pedantes, incluso universitarios, o pseudouniversitarios, porque su actitud no tiene nada del vuelo de la universalidad en que lo universitario consiste, que le hacen no escasos ascos y remilgos de exquisito al llano acervo de la cultura general que el hombre masa alcanza o debe alcanzar. Mas en esto nosotros creemos, con Franco, que es menester no sólo difundir, generalizar como antes decía la cultura general, sino también romper los muros de la Universidad y llevar al pueblo su magisterio en la medida culta y no especializada que lo precisa; no sus problemas técnicos o de investigación, sino sus modos de enfrentarse con los problemas, su estilo intelectual. Nosotros creemos que hay que hacer extensivo a la mayor masa posible de los hombres que componen el pueblo, el goce de los bienes de cultura. El hombre masa, el hombre medio tiene una apetencia y una necesidad cultural media—y si no la tiene, hay que procurar que la tenga—que es preciso satisfacer, y en la que hay que abrir la posibilidad de que, sobre las modestas velas de su mediocre embarcación intelectual, sople el viento del espíritu hinchándolas para más largas navegaciones. Hay que procurarle con todo decoro la cultura

que está en el nivel del tiempo; no zafiamente para que se estanque en ella, sino generosamente para que desde allí pueda echar a andar hacia más altos empeños; de igual manera que al cristiano se le enseñan los mandamientos indispensables para una vida católica con el ánimo no sólo de que los guarde, sino de que parta luego desde ellos por caminos de perfección. Que esta andadura en grande dependa ya sólo de sus condiciones personales, de su capacidad y vocación; pero que no quede inédita por la falta de conocimiento de cuáles son las vías por donde marchar.

Pero, además, ¿qué entendimiento cristiano de la vida, qué auténtica calidad intelectual autoriza a despreciar al hombre-masa, a no considerar *interesante* la labor ejemplar de ir con toda sencillez nutriendo su espíritu? Ese hombre-masa es nuestro hermano, nuestro compatriota y su masa es precisamente la masa de nuestro pueblo, la inmensa mayoría cuya cultura media marcará en el plano histórico el nivel cultural de España. Porque ni siquiera la alta voz intelectual que dan los grandes nombres es posible si no tiene como receptáculo inmediato el ágora cordial de un pueblo culto; el Quijote, por muy genial que fuera don Miguel de Cervantes, no hubiera sido posible sin la imperial España que estaba allí como pueblo vivo para prestarle la figura y contrafigura de su héroe. A mí os confieso que no me interesan nada los exquisitos, los extrafinos de los que decía José Antonio que «extraen a los juegos de palabras algunas gotas de belleza sólo asequible a los iniciados». A mí lo que como intelectual y como falangista me interesa es el pueblo; y esto os lo dice uno que viene de una casta intelectual bien conocida, y en esto también sigo el consejo de un *egregio* espíritu, *primum inter pares* de la inteligencia española, don José Ortega y Gasset: «Nuestro pueblo —dice— no admite lo distanciado y solemne». «Quien quiera crear algo —añadía—, y toda creación es aristocracia, tiene que acertar a ser aristócrata en la plazuela».

A la plazuela general de España tiene que llevar el Movimiento las inquietudes de la cultura, porque sólo por esa plazuela pasa el camino de la unidad de su espíritu, segundo objetivo del que antes os hablaba. Porque esa extensión de la cultura general implica también la de los grandes supuestos sobre los que la cultura nacional se asienta, y que por esa vía contribuyen decisivamente a dar cohesión unitaria al pueblo. Por esa vía alcanza éste a tener conciencia de sí, de su papel en el mundo, de las características de su destino como nación; a cuajar ese espíritu nacional fuerte y unido que decía José Antonio; a ponerle

bien en claro que ese destino no es patrimonio de unos pocos y que lo que hay que salvaguardar frente al mundo no son los remilgos de cuatro privilegios, sino el gran tesoro colectivo de la cultura nacional.

2.º—*La unidad de cultura entre las tierras de España.*

Aquí la política del Movimiento tiene también sus grandes objetivos que cumplir en servicio de la unidad. Dos resaltan con urgencia y vuelo principal. El primero, el de realizar y dar sentido universal a la varia riqueza regional; el segundo, el de potenciar las posibilidades culturales de España sustituyendo una cultura insularmente ciudadana por una cultura de intercomunicación provincial.

Ha habido una época, bien reciente, de la política española en que lo *contrarregional* se tomaba, por reacción frente al separatismo, como una actitud nacional. Lo vasco, lo gallego, lo catalán eran, por un lado, ridículamente superhinchados por esos que José Antonio llamaba «genios de la disgregación que se esconden bajo los hongos de cada aldea»; por otro, brutalmente rechazados desde aquella conciencia política estrechamente nacionalista para la que unidad significaba uniformidad, y patriotismo, indiferenciación centralista. La Falange, desde su nacimiento, busca la riqueza cultural de España con su variedad, y quiere componer, como diría el verso de Rubén, en diferentes lenguas una misma canción. Por eso, lejos de esa política suicida, que toma como ofensa de esa patria el que los pensamientos españoles se digan en catalán o en vascuence, y lejos también de esa política de avestruz que pretende ignorar lo regional, hacer como si no existiera, la política cultural del Movimiento cuenta sustantivamente como lo regional y lo local. Lo regional es para el Movimiento tributario esencial de lo español, elemento conformador de su cultura; al darle el tratamiento que merece, lo que hace es universalizarlo, potenciarlo, sacarlo del molde aldeano en que lo encierran los ridículos separatismos y darle la única categoría que realmente tiene frente al mundo: la de parte integrante de la unidad española; así al pasear por el exterior las danzas regionales de España, por ejemplo, lo que se hace es dar presencia nacional en el mundo a lo que de otra manera hubiera permanecido ignorado en el seno de cada valle; y cuando se da libre curso a la lengua de Maragall

o de Rosalía de Castro se sabe que con ello se está sirviendo a la riqueza expresiva de España, porque el caudal de esas lenguas o dialectos sólo en español traduce plenamente su sentido, y sólo a lo español sirve como clave existencial.

Pero es que el cultivo de lo regional, además de multiplicar la dimensión cultural de España por todos los factores que realmente la integran, lo cual es una función permanente y de estricta medida intelectual, cumple también un cometido contingente típicamente político ligado a la situación en que hemos heredado el problema de los regionalismos. Al hacernos cargo de su existencia, al compenetrarnos de sus problemas y asistir *desde dentro* y con sentido nacional de su propia vitalidad, lo que estamos haciendo, *además*, es arrebatarles sus únicas banderas a todos los separatismos; arrinconar todos los resquemores localistas; arrumbar todos los pretextos que la estupidez o la mala fe podían manejar en contra de la sagrada unidad de España. Por eso nosotros luchamos por mantener ese limpio fuego regional alimentándolo con madera española, y así mantenemos revistas dedicadas a estudios regionales enjaezadas con nombres de hondo sabor. Lejos de sentirnos recelosos o timoratos ante lo regional, lo abrazamos con orgullo, como nuestro que es, con seguridad de que con ello servimos plenamente a la cultura española y a la alta medida de su unidad fundamental.

Mas, ligado a este tratamiento de lo regional, por lo demás suficientemente claro en la mente de todos y en plena marcha desde los comienzos de la Falange, está el segundo objetivo que antes decía: el de sustituir una cultura insular o aisladamente ciudadana, por una cultura de intercomunicación provincial. Y este segundo sí que es casi un objetivo a estrenar. Porque cuando hablo de que la nuestra es una cultura insularmente ciudadana, aludo directamente a la situación en que se hallan lo que pudiéramos llamar nuestros focos intelectuales de cultura, a cuáles son esos y a las limitaciones que se derivan de que sean únicamente los que son.

Me refiero al hecho de que hoy, con muy contadas excepciones, los focos intelectuales de la cultura española, los centros de producción, por así llamarlos, residen en las grandes ciudades, en las grandes capitales; a que éstas permanecen casi aisladas del gran contorno provincial y a que ese aislamiento no sólo rompe el ritmo unitario que la cultura nacional debe tener dentro de su variedad, sino que conspira gravemente contra su general florecimiento.

Hace poco, ocupándome de ese mismo tema, escribía yo lo distanciado que me parecía Madrid de las provincias; y como Madrid, Barcelona y alguna que otra ciudad más. Esa distancia, decía entonces, tomando la voz de un amigo provincial, se me antoja a veces tan enorme que ya no me parece un factor espacial, sino una medida del tiempo; una medida histórica, según la que un centenar de kilómetros vale lo que un centenar o más de años, situando culturalmente a no pocas provincias a un siglo de la capital de la nación. Me permitiréis que repita aquí algunas de las reflexiones que entonces me hacía, porque creo que viene como anillo al dedo a nuestro propósito. Decía entonces que la lejanía de Madrid con respecto a la provincia y el aislamiento de ésta no son una dolencia meramente provincial, sino una nacional y antigua pesadumbre que es preciso remediar. También desde Madrid hace largo tiempo que se percibe ese fatal aislamiento que le separa de las provincias, como si no hubiera comunicación con muchas de ellas; como si se hubiera cortado el hilo y el pulso fuera vario, siendo, como es, único el corazón de España.

Es que la relación capital, esa relación intelectual y política, ha entrado en crisis hace más de medio siglo. La función de la capitalidad ha seguido la siguiente línea dialéctica, que es fácil reconocer: de foco de irradiación de la vida del Estado a la periferia provincial, se ha convertido en foco de absorción de esa misma vida. No se trata sólo de una inadecuación política, administrativa; se trata sobre todo, y es lo que más nos importa, de una inadecuación intelectual. Es que la savia creadora de la inteligencia no circula entre la capital y las provincias según es debido, como entre vasos comunicantes, y a la absorción centrípeta de la capital y a su alto nivel corresponde el progresivo empobrecimiento provincial.

Nos hemos pasado un siglo huyendo de las provincias, abandonándolas a su pura soledad. Se habla mucho de absentismo rural, pero no es menos grave esta otra clase de deserción espiritual en que el absentismo provincial consiste, y la cual viene seleccionando a la inversa el plantel humano de nuestras ciudades provincianas, al empujar sistemáticamente hacia la atractiva orilla de la corte las ininterrumpidas oleadas de quienes, para *valer más*, saben que tienen que cortar amarras con la tierra originaria y descargar en el crisol de la gran ciudad el fuego de su alma. Madrid como meta de ingenio, como culminación de escalafones administrativos o de profesiones liberales; Madrid como supremo galardón en la carrera vital emprendida desde la provincia. He ahí

el ideal de todos los jóvenes valiosos de España: llegar a Madrid. Frente a él se levanta el nuevo ideal que el tiempo requiere imperiosamente y debe ser el primer objetivo de una política cultural pensada en grande: hacer culturalmente sólidas y atractivas las provincias.

Ahora la Universidad se ha empezado a dar cuenta de ello y trata de ir compensando ese desnivel; pero el desajuste es de mayor alcance que el meramente universitario y el remedio tiene que ser también de más largo vuelo. Se me ocurre que la prensa tiene en esto grave culpa y no pocos de los resortes del remedio. Porque la prensa, incluso la de Madrid, no está planeada sino localmente: quiero decir, hecha desde dentro y para dentro de cada círculo local, por grande que éste sea. No hay prensa nacional, sino prensa local. En la provinciana el interés del lector se centra hacia los temas inmediatos o se conecta con la onda universal de los grandes acontecimientos internacionales. No empero con la onda nacional, si no es en la hora del suceso extraordinario, jamás en la normal secuencia de la vida cotidiana, así que—dejando a un lado otros problemas—por lo general un habitante de Soria o de Almería no sabe de la vida de un compatriota de Cáceres o de Alicante más que de la de un americano de California o de un europeo de Nápoles. Y no digamos la prensa madrileña, con respecto a la vida provincial: para ella no existe más que en su dimensión de acontecimiento catastrófico, de suceso o de tinglado voceado con magáfono de feria.

De modo que si la provincia ignora a la capital, la capital sabe muy poco de la provincia, y tras el muro de esa ignorancia se queda sola con sus problemas; va desarraigando su problemática ordenadora del fondo vital del que ha surgido y al que debe responder; se va hinchando con la espuma de su propio fermento urbano que acaba agotándose en el pecado onanista de la soberbia o gimiendo también, como las provincias, de apartamiento y de soledad; pues al cabo su función no es otra que la de planear la vida general que ha de incorporar a aquéllas al común destino, pero son las provincias mismas las que tienen que mostrar y vivir esa vida que ha de planearse.

El hombre de la gran capital siente que va perdiendo sus contactos esenciales con la realidad sustancial, y una penosa vaciedad de intento de lujo, de cerebro montado al aire como los brillantes que socava hoy su potencia creadora; desde esa situación de angustia intelectual, empieza ahora un esencial giro de salvación que le va volviendo decididamente de cara a las provincias para clamar, él también, contra ese distancia-

miento histórico con el mismo grito que, desde ellas, emite el hombre perdido en la angosta estructura provinciana: ¡Por qué Madrid está tan lejos!

También yo me repito sin cesar ese grito angustiado dándome cuenta de que ha sido pronunciado bajo la férula de una fatalidad histórica, la cual, desde hace decenas de años, parece condenar a tantos jóvenes de España a arriar sus banderas en la calma chicha de una atonía sin horizontes, justamente cuando acababan de instalarse en el lugar donde quisieran desplegarlas a todo trapo para ponerse a vivir su vida de madurez. Mas para los hombres de una generación como la mía, específicamente cualificada por haberse puesto al servicio de una empresa histórica común, esa falta de comunicación espiritual es el más grave obstáculo para el despliegue de todas sus posibilidades, y, tras él, una enorme energía española tasca el freno de su fuerza, pugnando por romper el hechizo. Ella quiere operar desde dentro, y no desde fuera de la provincia; quiere volver fecundo y decisivo su enclave provincial. Tiene derecho a ello. Pues para esa generación la unidad entre los hombres y las tierras de España por la que luchó a muerte, no es sólo una unidad de creencia ni menos una mera unidad física, sino unidad de tono vital, de altura cultural e histórica: unidad, en definitiva, de posibilidades de existencia. Y no será completa esa unidad mientras lo que se piensa en Madrid o en Barcelona no pueda ser igualmente pensado en Lérida o en Cáceres; mientras pueda pesar como una losa sobre el entusiasmo intelectual de los jóvenes, sobre su capacidad de trabajo y su ilusión española, el tantas veces solitario, apartado y mudo cielo provincial.

Nunca como ahora se ha presentado ocasión de poner en marcha para esa gran tarea de comunicación espiritual a una generación como la nuestra, tan específicamente movilizada en busca de la unidad española eterna. Que esa movilización ingente provocada un 18 de julio por el sagrado resorte de la sangre, sea ahora iluminada con la luz de la inteligencia, poniendo a su servicio el alma creadora de la Universidad y las posibilidades de todos esos instrumentos de propagación de vida y de cultura—la prensa, el cine, la radio—, cuyo gigantesco alcance aún sigue encorsetado en el modesto y subalterno reducto de la propaganda.

3.º—*La cultura como vínculo unitario entre los hombres de España.*

Aquí, en este último apartado de nuestra consideración, es donde la política de unidad del Movimiento tiene que hilar más fino y a la vez con hilo más resistente y flexible. Porque no basta con que los bienes de cultura sean accesibles a todos los españoles, ni que circulen como entre vasos comunicantes por todas las tierras del país; es preciso que su circulación sea libre, para que sea fecunda, y que cuaje unitariamente mirada bajo especie de nación y no bajo especie de secta.

Justamente la cultura, es con la religión, con la tierra, uno de los vehículos capitales de unificación nacional; hasta el punto de que, como sabéis, en la época en que Europa estrenaba sus doctrinas nacionalistas se llegó a identificar nación con unidad de cultura, lo mismo que se hizo con la unidad de raza o de religión. Superados esos puntos de vista por la idea de nación como unidad de destino en lo universal, queda, sin embargo, este factor de la cultura como uno de los más enérgicos y decisivos componentes del complejo histórico y misional que es una nación.

La cultura española es un resultado histórico e intelectual en constante proceso de acumulación y crecimiento; una realidad cuajada en inteligencia, en estilo, en sentido ante la existencia y en belleza. Si la cultura es, como decía Scheller, no una forma del saber o del sentir, sino una forma del *ser*, qué duda cabe que la cultura española es una forma del ser de España; por tanto una forma enteriza del enterizo ser de España, con ortodoxos y heterodoxos, no sólo de la España de éstos o de aquéllos. He aquí por qué atentar contra su unidad esencial, anterior a los grupos, las ideologías y las sectas, es atentar contra la suprema unidad de España a la que directa y vitalmente sostiene la cultura.

Otra cosa es determinar cuáles sean en esa cultura los valores predominantes y cualificadores o los de mayor jerarquía: si los religiosos —como para nosotros lo son—, los morales, los científicos, etc.; cualesquiera que sean, su unidad es anterior a todos ellos, viene de todos ellos y con todos ellos se forma. Por eso a constituir el gran acervo de la cultura nacional contribuye todo producto de la inteligencia y la sensibilidad de un español que tenga arraigo popular y calidad perdurable. He ahí los dos únicos imperativos que, sin que nadie los imponga, se imponen por sí mismos automáticamente en el depurado e ininterrumpido proceso de formación de la cultura nacional. Nada que no tenga

una honda resonancia española, con todo lo que lo español implica de religioso, de histórico, hacia el pasado y sobre el presente, arraiga sobre ese basamento milenario que es lo hispánico; nada que no obedezca a un auténtico imperativo de calidad prospera como agregado de cultura, por muy española que sea su apariencia, acrecentando ese depurado y exigente basamento. Todo componente de cultura que sea disonante de lo español—esa instancia objetiva milenaria, progresiva y enteriza—es desviado por esa forma del ser de España en que la cultura nacional como realidad consiste. Todo falso componente de cultura, toda falsificación intelectual o sentimental, todo ingrediente sin calidad es eliminado por ese exigente aparato de selección que levanta sus antenas receptoras sobre el aire de la viva actualidad, pero enraizado en inteligencia y en estado a lo profundo.

Sólo partiendo de ese sentido unitario en la conformación de la cultura española puede orientarse nacionalmente la política bajo cuya ala, contingente por esencia, debe aquélla desplegarse según sus propias determinaciones como elemento consolidador de la nacionalidad, como grande vehículo de unidad. Porque puede ocurrir también que lo contingente atente contra lo perdurable: que desvíe o retrase su fuerza unificadora y nacional. Una mala política, una estúpida política puede conseguir que eso que por sí mismo se fragua nacionalmente y que por naturaleza está destinado a producir nacionalidad, se vicie entrando en una artificiosa y provocada dispersión alimentada desde el aparato disgregador y miope del sectarismo.

Es claro que esa gran política intelectual tiene que ser una política de inteligente integración, de libertad asentada sobre la firme base de la fe que es el único clima en que puede florecer la inteligencia. En esto «debemos ser—decía nuestro Delegado nacional—tan inflexibles en las creencias esenciales, como abiertos y dialogantes con las ideas, y, sobre todo, con los hombres que piensan y sienten como hombres, aunque no sueñen con nuestros mismos irrenunciables sueños». Está claro que semejante libertad trae consigo, de necesidad, un sistema de tolerancia intelectual; pero entiéndase por los que crean su propio maniqueo presentando la tolerancia como tierra de nadie buena para sustentar todos los asaltos. La tolerancia que se predica, se predica *desde el castillo del Estado*, naturalmente; desde la fortaleza de la unidad, no desde la indignidad ideológica y de poder. Por el contrario, la intolerancia intelectual por la que suspiran ciertos tardíos cofrades de don Tadeo Calomarde, se asienta sobre algo tan débil, quebradizo e inestable como es el miedo

a la inteligencia, cuando no sobre algo tan poco confesable como pueda ser el resentimiento que nace de la mediocridad intelectual.

La larga historia de la vida política española de los últimos tiempos está llena de desventurados ejemplos de esa actitud insana y mediocre. Basta aludir a la oleada de resentimiento intelectual que se apoderó de la segunda República prevaleciendo en ella hasta desbaratar lo que los propios y verdaderos intelectuales de la izquierda habían proyectado. Recuérdese el sentido del «No es esto, no es esto», de Ortega y Gasset. Pero conviene no olvidar que esa especie de resentimiento es pasión de ánimo de la que no tuvo la exclusiva la vieja izquierda española. También en la derecha se cuecen sus habas amargas y también desde la derecha se proyectan amenazadoramente contra el porvenir y la seguridad del país. La explicación es bien sencilla, como que procede de la condición misma de las banderías políticas, cuyo sectarismo, de izquierda o de derecha, sirve de maravilla a los falsos intelectuales, cuyo resentimiento busca, como la luz, el hueco de un pretexto por donde poder soltar el chorro de su impotencia contra los que de verdad cumplen de honesta manera su oficio intelectual. Al falso intelectual lo que le importa combatir no es una *idea*, un objeto del pensamiento, porque objetivamente considere que está fuera de razón, sino que estrictamente lo que busca es la destrucción de la persona que la sustenta con dignidad o con éxito. Lo que es valioso objetivamente y, por tanto, cuenta como tal en la cultura de su patria, no le interesa; le importa sólo ensalzar los valores de partido, a cuyo amparo pueda prosperar una personalidad que intelectualmente tendría cerrados todos los caminos. Para nosotros, falangista, intelectualmente lo que cuenta es la calidad, verdadera servidora del destino de España, y no podemos participar, ni poco ni mucho, en esas toscas falsificaciones que, por no tener nada valioso que aportar a la cultura nacional, se dedican a destruir a los que aportaron algo; nosotros no estamos con los debeladores de famas bien ganadas que forman ya en la fama permanente de España, por la misma razón que ayer no estuvimos con los apedreadores de ruinas ilustres. Nosotros estamos con la unidad; para nosotros la cultura vale como cultura y como instrumento de unidad española eterna.

Nosotros no tenemos miedo a la inteligencia, porque nuestra Falange viene de la inteligencia misma y cuenta con ella para llenar de rigor, de estilo y de alegría la agridulce empresa de la Patria. La fortaleza que buscamos no está en el apartadizo donde se refugia la mediocridad banderiza, sino en el ancho, generoso cauce por donde pasan

todas las inteligencias de España. Y en esta postura nos coloca, ciertamente, una apetencia intelectual de primer orden, que no pasa por falsificaciones ni admite contrabando; pero, por encima de todo, lo que nos asegura en ella, en definitiva, es la plena conciencia de que sólo desde allí podrán hacerse realidad aquellas sagradas palabras de José Antonio, pronunciadas al borde mismo de la muerte, que deben sonar como la primera de todas las consignas para cualquier español bien nacido: «Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles». Justamente porque sabemos hasta qué punto la discordia intelectual es fuente de la que, al cabo, brota el chorro de la sangre fratricida.

